

El Duque costeó el retablo del altar mayor, de retorcidas columnas salomónicas y lo remató con dos coronas ducales de diez florones y bajo ellas, su escudo, que un torpe dorador dejó borrados.

En la del Cardenal se mandó enterrar su sobrino el Abad de Santa Leocadia de Toledo, Fray Francisco Silíceo, cuyos familiares colocaron después de su muerte, una estatua orante de irreprochable factura, tallada por el escultor sevillano. Bautista Vázquez, que cobró por ella 290 ducados, y que hoy figura en el coro de aquella iglesia.

En la capilla del lado del evangelio, que siempre fué conocida por «Capilla de Valle», fué enterrado un sacerdote ejemplar, llamado Juan del Valle, que dejó su capital para que las rentas las gozaran por iguales partes seis capellanes.

Había hecho donación de una bella imagen de la Virgen del Valle, que es quizá la obra de más mérito artístico de la iglesia.

El Cardenal regaló a esta iglesia un valioso cáliz y el artístico vestuario que usó en vida, cuyas ricas prendas fueron robadas una noche entrando los ladrones por una ventana que tenía la capilla de San Antonio, apareciendo, al cabo de muchos años, una casulla en una ciudad americana.

Y ahora viene la parte más dolorosa:

Este grandioso templo, verdadera obra de arte por su suntuosidad y por su atrevida construcción, lo hemos visto últimamente con enormes manchas en sus bóvedas por el agua que cala la fuerte plumería, y aunque no afirmamos que amenace su destrucción, sí diremos que la debilita y desluce; y francamente, es una pena.

JUAN URUÑUELA ORTIZ



Para una interpretación extremeña de Donoso Cortés

Por FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA

Volumen sexto de la Colección de Estudios Extremeños (Sección de Literatura), publicados por los Servicios Culturales de esta Excelentísima Diputación Provincial

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS DE CACERES

EN MI AUSENCIA⁽¹⁾

"...la noche serena"

S. Juan de la Cruz

Nombre azul o piano,
arpa de nieve, noche desangrada
en el pájaro tibio de una mano.

¡Oh palidez posada
en el estambre en flor de una mejilla,
la caricia amarilla
deja el bosque doliente de mirada.

Plenitud afilada
de un balandro en las cuencas del rocío,
guitarra por el aire congelada.

¡Oh pensamiento mío
herido por un filo de azucena,
en la noche serena
déjame en soledad la voz del río.

Me daña la amargura
del barro que desangra muchedumbre,
me moriré de azul y de locura.

¡Oh paloma de lumbre
malograda en el barro del pantano,
quiero virtud de llano
donde muera el sabor de la costumbre.

MANUEL PACHECO

(1) De mi próximo libro «Ausencia de mi nombre».